

"Donde las dan las toman"

(Editorial del 3 de octubre de 1908)

Lo que me propongo decir en éste artículo lo habrán observado la mayoría de mis lectores.

¿Quién de vosotros no habrá recorrido unos cuantos centenares de kilómetros en nuestros ferrocarriles? Si así es, y esto lo considero fuera de duda, habrán visto, y verán cuantas veces tengan necesidad de viajar en uno de esos coches que por antonomasia llaman cómodos, los cientos de letreros que con letra de tipos diferentes y dándose de bofetadas con la ortografía, han estampado sus autores frases y pensamientos capaces de ruborizar al más fresco y desaprensivo de los hombres ó la meretriz astiada de báquicas horgías. Si á esto se añade un sinnúmero de abigarrados papelitos, anunciadores de mil cosas inútiles, es indudable que el carnavelezco coche más se asemeja á uno de esos lugares donde la humanidad deposita residuos infectos, que á un vehiculo de comodidad.

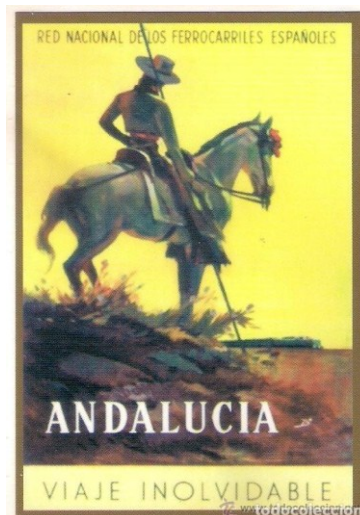
Nos quejamos de que nuestras compañías ferroviarias tienen un servicio inaguantable y un material insufrible por lo rematadamente malo, lo cual es cierto, ciertísimo; pero es indudable también que una buena parte del público que viaja es merecedor á todo eso y mucho más. Dicho público suele tomar los coches por asalto como un país conquistado, sin respeto ni consideración á los que en ellos van y sin mirar si pertenecen á este ó al otro sexo ó tienen esta ó la otra edad. Este modo de proceder trae como inmediata consecuencia disgustos que degeneran en broncas en las que algunas veces se reparten sendos puñetazos que suelen poner morado el rostro de algún inocente pasajero.

Que la falta de cultura de una buena parte de nuestra sociedad es mucha, no lo podemos negar porque desgraciadamente es cierto; pero ya que nuestros gobernantes de ahora y los de antes y todos los que han sido poder desde tiempos remotos nada práctico han hecho para limpiar esa mancha que nos deshonra á los ojos de los países cultos, al menos que velen y corrijan y castiguen á los que á diario están dando pruebas bien edificantes, en nuestros ferrocarriles y en todas partes, de su barbarismo, bestialidad é incultura. Más de una vez he visto tomar apuntes á extranjeros que viajaban por nuestro suelo, de escena que nos avergüenzan sin que la menor sombra de autoridad apareciese por allí á evitar la escandalera.

He visto también, en reciente viage, en una de las estaciones de mi ruta, unos cuantos bebedores, émulos de Baco, con senda bota en la mano, atronar, entre trasiego y trasiego, los ámbitos del andén gritando, como energúmenos: ¡Viva la desgravación de los vinos! ¡Viva el gobierno maurista que nos proporciona el *morapio* á bajo precio! Y en verdad que desde la desgravación de los vinos –que hasta hoy nada práctico ha resuelto– impera en nuestra desdichada nación, los templos de Baco se ven más concurridos y la diosa Temis interviene con más frecuencia en sus *ritos* y contiendas.

Es verdad que á no ser por estas pequeñas minucias, nuestro hermoso suelo sería un Edén cuajado de venturas, envidiado por pueblos extraños que en su afán de disfrutar de sus encantos y delicias no nos dejarían un puesto libre en nuestros ferrocarriles, lo que hasta cierto punto sería un inconveniente para los españoles que tenemos que viajar con alguna frecuencia. Todo esto hace surgir en mi imaginación una idea que voy á exponer con franqueza y en sentido interrogativo:

¿Nuestros eximios gobernantes perseverarán en sostener la incultura patria para evitar los inconvenientes de que antes hablo?



Sea de ello lo que fuere es preciso convenir que hasta la misma Turquía quiere dejarnos tamañitos.

Y dicho esto *sin intención* de molestar á nadie paso ahora á justificar el refrán castellano que lleva por título este artículo.

*

En el corazón de un monte frondoso, en el que se ven á millares encinas corpulentas, se levanta la estación de Setenil. Aguardaba yo en ella la llegada del tren de Algeciras, que tras de algunos cambios había de conducirme á esta tierra manchega, que tan distinta es, en suelo y costumbres, de la tan justamente celebrada Andalucía. Llegó por fin y me metí en un departamento de segunda en el que solo iban dos viajeros, muy conocidos míos. Tras el saludo que es de rúbrica, coloqué mi maleta en la regilla y junto á ellos me senté. Habían tomado los dos el tren en Algeciras y por lo que después supe, hasta la hora en que la casualidad les había llevado á ocupar el mismo coche, nunca se habían visto ni conocido. Sin embargo quien les viera partir tan amigablemente hubiérase creído, como yo me creí, que su amistad partía desde los primeros años de su niñez. Uno de ellos, decididamente empedernido, rubio por cierto, con locuacidad pasmosa salpicaba su fácil conversación con chistes atrevidos que enrojaron las mejillas del revisor cuando vino á pedir nuestros billetes.

Llegamos á Bobadilla.

El viajero rubio tras una despedida emocionante partió para Granada. El otro viajero y yo tomamos el tren de Córdoba.

Apenas si habrían transcurrido diez minutos preguntóme este, que también es un charlador de mucha fuerza, si yo conocía al rubio y le contesté afirmativamente. –Se conoce –me dijo– que pertenece á una familia acaudalada. Su padre es uno de los ganaderos más importantes de Jerez. Y al decirme esto me enseñó una targeta, que el rubio le había dado como suya en la que leí el nombre de un afamado ganadero andaluz. No pude contenerme y en mi exclamación y risa comprendió mi interlocutor que el joven rubio lo había engañado. Pero en vez de amostazarse, como yo esperaba, dijo con la mayor frescura del mundo: –Pues “Donde las dan las toman” que á cambio de esta tarjeta le he dado yo como mía otra del Cónsul de una importante república sun-americana.



El viajero rubio es un viajante de una casa de vinos jerezanos, y el supuesto Cónsul un oficial de peluquero que presta sus servicios en una hermosa ciudad andaluza.

PEDRO MARÍN

El Bonillo y Septiembre 1908

De El Enguerino. Año II nº 57

Entre las Gacetillas de este mismo número puede leerse:

*Cuando vea la luz pública **El Enguerino**, estarán á punto de terminar los días que en algún tiempo podían llamarse de fiestas y de que ya no queda sino el recuerdo, así que no se nos podrá tachar de enemigos de ellas si desde aquí pedimos que se publique la lista de donativos con la inversión del dinero recaudado con este objeto, amén de la aplicación de lo consignado por el Ayuntamiento, aún cuando no sea más que el 34 por 100 que queda libre.*

Esperamos que la Comisión se apresurará á enterarnos de todo, pues no podemos creer que quiera cargar con las censuras de todos los que creyeron que iba á haber fiestas y se creen chasqueados.

*

No ha variado en nada el precio de la pasa. Los compradores se obstinan en no pasar de las 15 pesetas y los cosecheros se reservan creyendo que han de alcanzar precios superiores. No obstante, se van haciendo algunas transacciones.

